

Las mujeres filósofas en España

Women Philosophers in Spain

Reine GUY

Universidad de Toulouse

Traducción de

Ángela LÓPEZ SÁNCHEZ

Al igual que otros países, España también ha contado, a lo largo de la historia, con un buen número de mujeres filósofas; sabemos que Nicolás Antonio, el gran historiador crítico, ya enumeró, en el siglo XVII, en su *Bibliotheca Hispana Nova*, en el capítulo del *Gynaeceum Hispanae Minervae* (II, 343-353) cerca de cincuenta nombres de ilustradas españolas dedicadas a la reflexión filosófica. Citaré, por mi parte a Beatriz Galindo, apodada La Latina, que enseñó humanidades a Isabel la Católica; Lucía de Medrano, profesora en Salamanca; Francisca de Lebrija, Luisa Sigea, Isabel de Vergara, la marquesa de Zenete, (todas humanistas de primera de la Edad de Oro), Concepción Arenal, filósofa social en el siglo XX; más cerca de nosotros, la condesa Pardo Bazán; durante la Guerra Civil, Victoria Kent, Dolores Ibárruri (la Pasionaria), Federica Montseny (la gran líder libertaria), Margarita Nelken, Sofía Blasco (líder de los católicos de izquierda), etc. Durante el siglo XX, varias escritoras de élite se han dedicado a la investigación filosófica. Aquí me gustaría dar una idea de las orientaciones de algunas de ellas.

Antes de nada, debemos honrar la memoria de Dolores Franco de Marías, esposa de Julián Marías, a quien debemos una notable mediación sobre el pensamiento hispano, bajo el título de *La preocupación de España en su literatura* (Madrid, Ed. Adán, 1944). Conocemos, por otro lado, los trabajos de María Riaza, colaboradora de la revista catalana *Serra d'Or* y otras revistas importantes. Todos conocen las obras de María Lafitte, condesa de Campo Alange, a favor del feminismo (*La secreta guerra de los sexos*, Madrid, Ed. de la *Revista de Occidente*, 1948). También debemos mencionar a Amalia Tineo, profesora de filosofía en la sección española del Liceo francés de Barcelona, formada en la Universidad de Barcelona por Joaquim Xirau, Jaume Serra Hunter, Tomás Carreras y Artau; espiritualista muy progresista, en la estela de la revista francesa *Esprit* de Emmanuel Mounier, trabaja sobre el raciovitalismo orteguiano. Sus numerosos viajes por Europa (hasta Escandinavia) contribuyeron singularmente a la constitución del humanismo abierto y radiante de Amalia.

Sin embargo, en esta plétora de mujeres filósofas actuales, un nombre parece emerger claramente, el de María Zambrano. Nacida en 1904 en Vélez-Málaga, completó su Licenciatura en Filosofía de 1925 a 1930 en la Universidad Central de Madrid, donde tuvo como maestros a Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xavier Zubiri. Asistente de filosofía al servicio de Ortega, del que siempre ha sido una fiel discípula, colaboró desde muy temprano en la *Revista de Occidente*. Cuando estalló la Guerra Civil se encontraba en Chile (donde su esposo era agregado de la embajada); regresó a España al año siguiente, instalándose en Barcelona y escribiendo en *Cuadernos de la Casa de la Cultura* y en revistas como *Hora de España*, *Cruz y Raya*, etc. Cuando Franco triunfó, se mudó a París, luego a México, Cuba y Puerto Rico. Más tarde se estableció en Roma y en 1965 en el departamento francés del Jura, cerca de Gex.

Filósofa católica y progresista, que valientemente luchó contra el fascismo, María Zambrano va más allá de todas las clasificaciones partidistas. Su antropología existencial la condujo a una renovación original del espiritualismo, siempre revitalizada en lo concreto, tanto a la luz de la naturaleza como de lo sagrado. Sus obras son numerosas: *Horizontes del liberalismo* (Madrid, Morata, 1930), *Hacia un saber sobre el alma* (Madrid, *Revista de Occidente*, 1934 ; reed. con compl., Buenos Aires, Losada, 1950), *Pensamiento y poesía en la vida española* (México, F. C. E., 1939), *El pensamiento vivo de Séneca* (Buenos Aires, Losada, 1944), *Filosofía y poesía* (México, Universidad de Morelia, 1939), *La agonía de Europa* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1945), *El hombre y lo divino* (México, F. C. E., 1955; reed. en 1973, con compl.), *El sueño creador* (México, Veracruzana, 1965), *España: sueño y verdad* (Barcelona, Edhasa, 1965), *La España de Galdós* (Madrid, Tauro, 1959), *Persona y democracia* (Puerto Rico, Ministerio de Instrucción Pública, 1957), *Claros del Bosque* (Barcelona, Seix Barral, 1977), *Los intelectuales en el drama de España* (Madrid, Hispamerca, 1977), *Homenaje a Pablo Iglesias* (Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1979), etc. Escribió numerosos artículos, como «La multiplicidad de los tiempos» (Roma, Botteghe Oscure, 1955), «La confesión, género literario y método» (La Habana, *Luminar*, 1943); «Eloísa o la existencia de la mujer» (Buenos Aires, *Sur*, n.º 124, 1948), «Delirio y muerte de Antígona» (La Habana, *Orígenes*, n.º 20, 1949), «Apuntes sobre la acción de la filosofía» (Puerto Rico, *La torre*, 1956), «Acerca de la Generación del 27» (Madrid, *Ínsula*, n.º de julio-agosto 1977), etc.

Poeta en prosa, María Zambrano quiere ampliar la razón vital e histórica abriéndola a la intuición poética y al mismo tiempo religiosa, evitando por completo la complacencia literaria del arte por el arte, como la contaminación del misticismo cristiano por cierto clericalismo, notablemente político. Analista de primer

nivel, busca la estructura del tiempo en la vida humana, a través de los sueños (especialmente los de *poiesis*); en la perspectiva distante de Scheler, su búsqueda de un nuevo conocimiento del alma la lleva a explorar, con extrema delicadeza, todos los rincones de nuestra vida interior, más allá de la inquietud, la nada, la guerra, la violencia, los complejos psicoanalíticos y socioculturales... El ideal del filósofo exiliado es la razón mediadora que debe tomar la medida exacta de todos los problemas, encaminándolos, en un apaciguamiento lúcido hacia la solución adecuada. En contra del materialismo brutal, así como del idealismo intelectualista, María Zambrano agrega al raciovitalismo la dimensión de Trascendencia y Revelación sobrenatural, siguiendo la estela de San Agustín y de Emmanuel Mounier.

Estudiosa de las religiones y mitos de la antigüedad grecolatina, buscó cuidadosamente el significado de este aliento sagrado que animaba a los fieles del paganismo, haciéndoles temblar ante sus dioses y sus héroes: analizó y repensó este extraño temblor, del que Nietzsche no entendió la segunda intención, más allá de todo dionisismo y todo apolinismo, y que empujó a los escritores grecolatinos a una visión muy específica del mundo, que, en última instancia, debería tender a operar la transformación de lo sagrado en divino. Contra el desengaño, la esperanza tiene un papel crucial que desempeñar, si tiene éxito al menos, en disipar todas las tentaciones o provocaciones del entorno material o espiritual.

Conservaremos esta descripción sobria, pero puntual, de tal lucha contra las sombras y la oscuridad:

la reflexión ha creado un vacío y el conocimiento ha reemplazado al alma. La realidad ha dejado de ser animada y viva; ya no es posible dialogar con ella; el hombre se encuentra acorralado para contentarse en conceptos e ideas supuestamente claros, que, ¡ay! ¡La pureza y la transparencia

del vacío, mientras que la resistencia, que es el sello distintivo de la realidad, se ha desvanecido! (*El hombre y lo divino*, 77).

Ante la desaparición de las antiguas deidades y el vacío que siguió, el hombre siente el llamado de Dios único y misterioso, creador, protector y mediador. Detrás de la nostalgia, la esperanza apunta y hace su camino para ayudarnos a redescubrir el significado del universo y el de nuestra vocación. «El regreso al Padre parece ser una recuperación del ser original y originario, así como de la comunidad perdida con todas las criaturas: comprensión perfecta con los vivos y con los no vivos» (*loc. cit.*, 291). El personalismo de María Zambrano, que tiene algo de estoico, más precisamente, de senequista, bíblico (*Libro de Job*) y teresiano (en *El horizonte de la renuncia*), conduce a una mediación de los subsuelos (luminosos o claroscuras) de la realidad integral; más allá de la razón discursiva, incapaz de ayudarme a salir de este callejón sin salida, (*Claros del bosque*, 156) resulta ser capaz de darnos acceso mediante «la belleza mediadora» (*loc. cit.*) a la unidad perdida y a una existencia mucho más elevada de lo que soportamos en la tierra, pero en una conexión íntima con ella. El lector piensa en Victor Hugo: «Todo comienza aquí, pero todo termina en otro lado».

Si a estas profundas reflexiones metafísicas y ontológicas les sumamos finas anotaciones estéticas sobre Galdós, A. Machado, Unamuno, Pablo Neruda, San Juan de la Cruz, San Pablo, Antígona, Edipo, La Celestina, Kafka, Emilio Prados, Nicolas Guillé, Juan Marinello, Serrano Plaja, sin olvidar a Descartes, de quien ella observa «que estudió en el tratado de Francisco de Toledo» (*Los intelectuales en el drama de España*, 104), veremos la importancia del legado de María Zambrano no solo para la filosofía ibérica, sino también para la filosofía mundial. Obras maestras como *Hacia un saber sobre el alma*, *El hombre y lo divino* y *Claros del bosque* deben traducirse sin demora, ya que son

patrimonio de toda la humanidad —solo un artículo de María Zambrano fue traducido, por P. X. Despilho, al francés, en la *Revista de Metafísica y Moral*, en 1962; se puede leer sobre ella en Alain Guy, *Los filósofos españoles de ayer y de hoy* (Toulouse, Ed. Privat, tomo I, 267-273) y «Esperanza y divinidad según María Zambrano» (*Anales de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, Revue Philosophie*, n.º IV, 1976, 61-66) —.

María Ángeles Galino Carrillo nació en 1915, en Barcelona. Realizó sus estudios secundarios en Madrid, donde más tarde completó su Licenciatura en Filosofía en 1940 y su doctorado en 1945. Perteneciente a la Orden de las Hermanas Teresianas, pronto se convirtió en profesora de Historia de la Pedagogía en la Universidad de Madrid, como especialista en Historia de la Pedagogía Española y secretaria general de pedagogía de la Sociedad Internacional de Estudios e Investigaciones Pedagógicas. Su cultura propiamente filosófica es extensa y sus preocupaciones metafísicas y morales o político-sociales están en todas partes. Debemos citar, además de sus múltiples artículos en revistas educativas y religiosas, cuatro de sus obras: *Los tratados de educación de príncipes: siglos XVI y XVII* (Madrid, CSIC, 1948), *Nuevas fuentes para el estudio de la educación* (*ibid.*, 1950), *Pedagogos contemporáneos españoles* (*ibid.*, 1962) y, especialmente, *Tres hombres y un problema: Feijoo, Samiando y Jovellanos ante la educación moderna* (*ibid.*, 1953).

Este último libro constituye una contribución notable, no solo al estudio de la pedagogía en España, sino también al de este tormento capital que fue La Ilustración; como tal, es una referencia clásica y esencial para todos los interesados por el siglo XVIII. Hay un análisis sólido de la transición peninsular entre la educación más tradicional y el comienzo de la educación moderna, que todavía es tímida. «Feijoo, Sarmiento y Jovellanos son el comienzo de una nueva etapa en España del desarrollo de las ideas pedagógicas. Representan un momento de aguda

sensibilidad en el que se perciben los antagonismos entre dos tipos de sistemas educativos que, desde entonces, nunca han dejado de luchar entre sí, sin triunfar nunca ni uno ni otro» (22).

La vieja educación era puramente teórica y no tenía en cuenta lo concreto y lo práctico; rechazaba la nueva filosofía, la de Descartes y sus sucesores, como Buffier y Saint-Aubin; y afirmaba ser de un catolicismo muy cerrado y violentamente intransigente. A diferencia de esta organización educativa anquilosada, Feijoo es el primero de los «novadores» hasta la fecha: sus obras *Cartas eruditas* y su *Teatro crítico universal*, impregnadas de la cultura francesa e inglesa, afirman ser «útiles», de la razón, de la experiencia integral y de la naturaleza, intentando celosamente evitar todos los ataques directos sobre la Fe. La generación de Sarmiento, el botánico Ouer, el bibliotecario Iriarte, el académico Montiano, el padre Fiórez, los jesuitas Isla y Burriel, el erudito valenciano Mayans Siscar, los matemáticos Jorge Juan y Antonio Ulloa, etc., cambiaron poco a poco el clima, gracias al apoyo de Fernando VI y Carlos II. El mismo Sarmiento, un pedagogo prodigioso, insiste en la intuición, en el periódico escolar, en un mínimo de libertad otorgada a los estudiantes, en lecciones objetivas, en salidas al campo, etc. Jovellanos, nutrido por el naturalismo inglés de Locke y Adam Smith, y la sensibilidad de Rousseau y Mably, e influenciado por ideólogos como Destutt de Tracy; su Instituto de Gijón es un modelo extremadamente atractivo, que reconcilia el humanismo cristiano con la preocupación económica del desarrollo de España. «Sus bases para un plan de instrucción pública acusan el impacto de las teorías de Condorcet y otros revolucionarios. También presentan la preocupación general por todos los niveles de la educación, desde las clases bajas hasta la población estudiantil de las universidades» (274-275).

Maria Aurèlia Capmany nace en 1918, en Barcelona, hija del famoso escritor folclórico Aureli Capmany y hermana de la

secretaria de L'Ateneu Barcelonés. Realizó sus estudios secundarios en el Institut Escola del Parc de la Ciudatela en Barcelona, una filial muy reconocida del Instituto Libre de Enseñanza, inspirado en el krausismo, donde enseñaban Alfons Serra Baldó y el decano Joaquim Xirau (del que se puede leer la tesis de la autora Reine Guy *Axiología y Metafísica de Joaquim Xirau: El personalismo contemporáneo de la escuela de Barcelona*, Toulouse, Asociación de Publicaciones de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1977). Maria Aurèlia Capmany se convirtió en estudiante universitaria, especialista en filosofía, bajo la supervisión de Pedro Font y Puig, Joaquim Xirau, Francisco Mirabent, Jaume Serra Hunter, Tomas Carreras y Artau y Xavier Zubiri. Entre 1952-1953, realizó un intercambio en la Sorbona en París, siguiendo los cursos de Henri Gouhier, Gaston Bachelard, P. M. Schuhl, F. Alquié y, en el Collège de France, los de Maurice Merleau-Ponty.

Primero fue profesora de filosofía en el Instituto Albéniz de Badalona, luego enseñó durante mucho tiempo en la ciudad condal. Gran activista del catalanismo, escribió obras en castellano y catalán. Junto a varias novelas, a veces con un trasfondo filosófico e incluso religioso, como *Necessitem morir* (Barcelona, Ed. Ayma, 1952) o *El cel no és transparent* (Barcelona, Prix Joanot Martorell, 1949), escribió algunas obras filosóficas y sociológicas, como *La dona a Catalunya: consciència i situació, Feminismo ibérico* (en colaboración con Carmen Alcalde, Barcelona, Ed. 82, 1965) y *De profesión: mujer* (Barcelona, Ed. Plaza y Janes, 1971), así como numerosos artículos doctrinales en las revistas más diversas. Además, fue una oradora con un talento genuino.

El problema de las mujeres es uno de los temas favoritos de Maria Aurèlia Capmany. En *La dona a Catalunya*, se enfrenta al tema de que supuestamente ya no habría un problema concreto para las mujeres en España: finalmente la mujer ha conquistado su mayoría mental y social, así como su lugar en el sol. Según ella,

todo lo contrario, la mujer española no ha dejado de adaptarse mansamente al orden preestablecido de siempre; a partir de su duodécimo año aproximadamente, ya no está interesada en el mundo exterior y de ahora en adelante dirige su atención hacia su cuerpo, para que se ajuste al modelo imperante, que agrada a los hombres y así poder casarse más rápido y mejor. Es por eso que la niña abandona los estudios muy temprano, para pensar solo en cuidarse y mejorar su físico... Sin embargo, un cierto número de chicas jóvenes van en contra de la corriente y se quejan (sobre todo, en medicina) de que los mejores lugares están prácticamente reservados para los chicos; junto con ellas, María Aurèlia Capmany lucha contra esta intolerable discriminación de los sexos. La nueva generación le parece combativa, en este sentido, al menos en Cataluña. Para ayudarles, la autora organizó una gran investigación en 1963, cuyos resultados informa aquí; sin duda, esta investigación se limita a los círculos de la burguesía y la clase media, e incluso a los sectores universitarios de estas capas sociales; pero, como tal, revela un estancamiento, muy lamentable, de la mentalidad hispana contemporánea en general y una revuelta de una pequeña minoría contra esta concepción de la vida, cuyos imperativos («el ama de casa») han sido confirmados, desde 1938, por Pilar Primo de Rivera...

De profesión: mujer (cuyo paradójico título tomó prestado de una suscripción de la época en los archivos del estado civil) comienza con esta observación significativa: «es obvio que no habrá transformación de la sociedad si la situación de la mujer no se transforma» (9). La causa del feminismo es, por ende, la de todos los progresistas. La autora propone de examinar las ideas y los valores sobre el feminismo en España, desde el siglo xx hasta su época. Para ella, la joven española de 25 años en su época no se da cuenta de todo el esfuerzo de sus antepasadas, que le ha permitido conseguir, en su tiempo,

una mejora considerable de su estatus y su condición: el olvido de la historia es aún más perjudicial en este ámbito que sobre todos los demás, pues las mujeres españolas, tan ignorantes del pasado, se niegan, inconscientemente por su torpeza, a luchar contra sus adversarios, partidarios de la tradición inmovilista, casi esclavista de la mujer de antaño. Así, Maria Aurèlia Capmany, a través de sus capítulos nos habla de temas como: «el concepto erróneo de feminidad», «ser mujer no significa pertenecer a algo», «el feminismo y la multiplicidad hispánica», «sexualidad y feminidad», «la mujer en la novela realista», «la mujer frente a la ley», «el derecho a la maternidad», «las mujeres que aprendieron a escribir», «la mártir», «el proletariado femenino en las tierras de España», etc. Además, ella examina bajo las principales perspectivas el enigma del futuro de las mujeres.

«La mujer ha sido y continúa siendo la gran ausente de la historia: rara vez la vemos como protagonista, y algunas veces, excepcionalmente, si ocupa el primer puesto siempre hay alguien para juzgarla y para llegar a la conclusión de que ha adoptado el modo de ser masculino, abandonando sus características. (15) ¿No es lo que pasa, entre otros, en la península ibérica? Es cierto que, antes de 1970, las leyes a favor de la liberación de la mujer han sido, como en todo occidente, promulgadas oficialmente y, aparentemente, la mujer española es una persona con todos sus derechos como los hombres. Pero, en realidad, es una fachada detrás de la que se perpetúa la antigua situación de dependencia de la mujer. La filósofa-novelistas de Barcelona analiza metódicamente esta paradoja, demostrando que las mujeres españolas solo ocupan puestos secundarios y mal pagados en la sociedad, los puestos de dirección y de responsabilidad, tanto en el sector público como privado, están prácticamente reservados a los hombres. ¿Este fenómeno se trataría de que las mujeres son incapaces de llevar otras responsabilidades que no fueran las de la casa? ¡Es difícil admitirlo!».

Lo que está claro es que detrás de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la estructura social ha seguido siendo la misma desde la era neolítica, y en España, la mujer queda relegada a las tareas inferiores de la existencia. Sin duda, las tendencias se han puesto al orden del día y la emancipación se ha hecho visible de cara al exterior, pero bajo esta capa de modernidad, los prejuicios ancestrales subsisten, cuyo tema principal es que la mujer está hecha únicamente para ocuparse del hogar y obedecer a su marido... La autora se rebela contra esto: «El ser humano es el único animal que sabe que existe y es sobre este ser fundamental que se basa toda su esperanza de supervivencia [...] Así, el hombre y la mujer entran en la civilización asumiendo un rol impuesto, el hombre asume el rol de todo poderoso, creado a la imagen de Dios: construye el mito de la mujer como oposición a su virilidad [...] Uno solo establece leyes coercitivas contra alguien a quien teme», y el hombre teme a la mujer, precisamente, «porque ella siempre lo amenaza con una posible existencia que destruiría el orden establecido» (64-65). El feminismo había ganado muchas victorias, pero, entre las dos guerras mundiales, se produjo una reacción que provocó su retirada e incluso su derrota; de esta manera se volvió sorprendentemente conservador y misoneísta.

Ante este estancamiento de las costumbres heredadas, María Aurèlia Capmany plantea un «feminismo revolucionario» (como por ejemplo el de María Cambrils en 1925 y el de Leonor Serrano de Xandri en 1916); también estudia las obras de María Campo Alange (sobre Castilla y Madrid, en particular). Sigue el problema desde la Edad Media y el Renacimiento, luego la Edad Barroca, hasta el siglo xx; Flora Tristán y Concepción Arenal se invocan apropiadamente; por el contrario, es la lectura desalentadora del Padre Arbiol (en 1789), de los reaccionarios más fanáticos, la que hace que M. A. Capmany proteste contra la identificación abusiva

de la feminidad con la sexualidad (109-11) y también contra el tríptico vulgar: «casa, cocina, calceta». Observamos varias de sus fórmulas: «La historia es falocéntrica, ¿quién lo duda? Pero si el hombre hubiera estado muy seguro de su dominio, no tendríamos tanta literatura misógina» (97). «La Edad Media nunca identificó a las mujeres con sus funciones de maternidad» (177). «Si miramos la literatura que sirve como vehículo para la publicidad, nos daremos cuenta de que el vendedor está dirigido fundamentalmente a la mujer... Una imagen femenina está presente en el centro de toda propaganda» (244).

Al final, María Aurèlia Capmany, cuyo pensamiento tiene mucha resonancia en España, resume los diferentes aspectos de esta cuestión; puede sorprender que no haga referencia al Concilio del Vaticano II ni a las intervenciones ilustradas del joven clero, sobre todo en lo que respecta a las mujeres; es indudablemente por una discreción muy loable, dada la influencia eclesiástica en los años franquistas. Nos queda su reflexión, sin ilusión ni complacencia: un ejemplo perfecto de autenticidad para las mujeres filósofas de nuestro tiempo.

Con Aquilina Satué Álvarez, nacida en 1924 en Fabara, Zaragoza, la historia de la filosofía más científica y académica está en la agenda. Después de los estudios secundarios en Barcelona, se convirtió en estudiante de filosofía en la Universidad, donde tuvo, entre otros profesores, a Joaquim Carreras y Artau, del que era asistente. Miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), bajo el título Delegación de Barcelona del Instituto Luis Vives de Filosofía, pasó dos años en la Universidad Católica de Lovaina, para estudiar a Brentano, bajo la dirección de J. Doop y G. Van Riet; también trabajó allí a Bolzano y otros pensadores de la misma familia espiritual.

A su regreso de Bélgica, defendió, en 1958, su tesis doctoral sobre *La doctrina de la intencionalidad en Franz Brentano*, que

obtuvo el Premio Extraordinario y que se publicó en 1961 en Barcelona, en la serie general de monografías del instituto Luis Vives de Filosofía n.º 6. Entre sus obras hay dos bibliografías de Unamuno y Ortega y Gasset. Después ejerció como profesora de filosofía en la Escuela de Magisterio de Palma de Mallorca y en el Instituto Nacional de Calahorra, Logroño.

Su tesis se centra en la inflexión, en Brentano, de la noción medieval de intencionalidad, anteriormente conocida desde una perspectiva realista, pero que ahora se asentará en una descripción de la vida mental, antes de cualquier posición realista y también por oposición al andamiaje pretencioso del gran idealismo alemán. Brentano prefiere la psicología genética a una psicología puramente descriptiva, es decir, literalmente fenomenológica. Una de las novedades del trabajo de la señorita Satué es el resaltar la revisión, por parte del maestro austriaco, de la relación intencional en sí, en 1911. Vemos que Brentano evita el nominalismo, gracias a su reconocimiento de las leyes a priori de la naturaleza. Al final del libro, el autor compara a Brentano y Husserl: este último va más allá de la psicología pura, los amigos le deben mucho a su maestro, que despejó brillantemente el terreno.

En María Josefa González Haba, nacida en 1930 en Madrid, el personalismo se expresa de manera asertiva, con un tono decididamente cristiano. Doctora en Filosofía por la Universidad de Madrid y doctora en Teología por la Universidad de Múnich (bajo la supervisión del arzobispo Michael Schmaus), fue alumna de Yela Utrilla, en Madrid. Historiadora de la filosofía, publicó trabajos sobre *Séneca y los espirituales españoles* (1956), sobre *La figura de Cristo en Meister Eckekart* (Madrid, ed. de la *Revista de Espiritualidad*, 1962), etc. Analista de la vida interior y apologista del catolicismo más abierto que existe, nos dio el original *Cartas a una beata* (Madrid, Studium, 1960) cuyo tema es «el dolor por el dolor, la obediencia por la obediencia o la perfección por la perfección ¿no significan

nada! pero esa virtud reside en la alegría que nos debe brindar el amor comprensivo de nuestro prójimo». Hostil al dolorismo y al ascetismo masoquista, María Josefa González Haba quiere rehabilitar la noción de felicidad y ampliarla a la vida de aquí abajo, manteniendo obviamente su realización trascendente en el más allá. «Ser feliz es algo benéfico y pacificador que hace que otros hombres sean buenos y felices» (17).

El *Libro de las Bendiciones* (Madrid, ed. Cocusa, 1963) está en la misma línea franciscana y optimista; se trata de un centenar de meditaciones de extrema delicadeza y de gran alcance. El mal universal no se niega allí, pero la autora nos enseña a sublimarlo, no por el psicoanálisis, sino por la alegría del creyente y el militante. «Te bendigo, Señor, por la ausencia de límites, porque todo crece y alcanza dimensiones más altas y más profundas» (70). Las divertidas pero profundas *Historias de Clarito* (Palencia, El Granito de arena, 1968) están en la misma línea. Investigadora de la Fundación de Investigación Bávara, María Josefa González Haba mantiene los lazos más cercanos a su tierra natal, donde pasa la mitad del año; su generoso espiritualismo está llamado a despertar muchos ecos en todas las mentes. Su erudición muy segura recibió el reconocimiento de los especialistas.

Las muestras que acabo de ofrecer rápidamente a los lectores son convincentes, creo, para demostrar el vigor de la producción femenina en la filosofía española. Deberíamos, por supuesto, extender nuestra investigación y hablar sobre Rosa Roma (*Mujer, realidad y mito*, Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1979), Lidia Falcón (*Los derechos civiles de la mujer*), Lili Álvarez (*Feminismo y espiritualidad*), de María de Borja Solé (*Carreras y sexos*), etc. Mi resumen, sin duda, será suficiente para dar fe de la vitalidad actual de las filósofas en España, que no tienen nada que envidiar a los eruditos de otros tiempos.